
NOTAS



LA GENERACION DEL 62 EN EL BALNEARIO

Joaquín Leguina

Archena, en la provincia de Murcia, junto al río Segura, tiene la pátina de todos los pueblos-ciudades de la zona donde la tierra caliza del entorno penetra dentro del casco. Sospecha el forastero que en pleno verano, con el calor, el ambiente se

llenará de perros lenguafuerinos. Sin embargo, el interior de las casas es aquí, a principios de junio, de un frescor inquietante.

A dos kilómetros de Archena, y encima del río, hay un oasis donde crecen, al menos, cuatro clases de eucaliptus, álamos, olmos, pinos, cipreses, unas acacias chaparras de verdor transparente y, sobre todo, altísimas palmeras. El río, sobre el que se inclina una vegetación abigarrada, baja por aquí, a esta altura del año, con fuerza de agua turbia. Junto al río se levanta, desde principios del siglo, un hoy hotel, que sigue siendo estación termal y balneario.

Aquí acuden, a *curarse*, gentes variopintas:

«La duración en el extranjero de una cura de baños, suele ser de veintiún días.

La exagerada disminución del tiempo o estancia de los españoles en los balnearios, malogra muchas veces el resultado del tratamiento. Para una eficaz cura balnearia es necesario, como mínimo, quince días.»

dicen los carteles que jalean el vicio hipocondríaco de sentirse enfermo mejorado. Al lado hay una piscina, cuyo anuncio amenaza así:

«Piscina de agua termal clorurado sulfurosa, radioactiva, graduable hasta 50 grados. Agua que rejuvenece la piel, más la nutre, tonifica, suaviza y embellece, haciendo desaparecer los granos y escoceduras, cicatrizando las heridas y cambiando la piel manchada o defectuosa.»

En esta época y pese a ser sábado, la edad media de quienes se meten en el agua (*graduada* a 40 grados), no bajará de los cincuenta y cinco. Para quien acaba de pasar la innegable raya de los cuarenta, la tentación

masoquista de lamentarse sobre el deterioro físico del ser humano es fuerte, y las pruebas demasiado evidentes, para no caer en ella.

A las gentes de la *generación* se les nota últimamente atraídas en demasía por *los otros placeres*. Aparecen extraños conocimientos sobre las cosechas vinícolas, florecen gastrónomos de nuevo cuño, y Emma Bovary se acuesta con Marlowe ahora sin ningún miramiento. Ante tales achaques de vejeza retórica, ¿el mejor sitio?, un balneario donde los pájaros se dejan oír, la noche se puede prolongar durmiendo a pierna suelta que, como es bien notorio, resulta el único remedio contra la depresión y el teléfono.

El miércoles 3 de junio de 1981 toreó en Madrid Curro Romero y dicen, quienes saben, que lo bordó. Yo tenía dos entradas, detalle, según creo, del alcalde. Se las regalé el martes a un amigo que, desesperado, a esas alturas no podía soñar con encontrar alguna. He de aclarar dos cosas. En primer lugar, que sin ser, lo que se dice, un *aficionao*, me gustan los toros y me gustan desde hace tiempo (a Manolete le mató Islero un 27 de agosto de 1947, en Linares. Tenía, quien suscribe, seis años y dos meses; el día 25 toreó en Santander con un Juanito Belmonte, sobrino, al parecer, del grande. Yo estaba en una andanada a donde me *colaban*, sistemáticamente, un carpintero pluriempleado de portero de la plaza, y su señora. Causas, no del caso, harán que recuerde siempre aquel verano, incluida la penúltima corrida de Manolete). En segundo lugar, no me quedé sin toros por altruismo, sino que previamente habíanme obse-

quiado los compañeros de la Agrupación Centro con una mesa redonda sobre *El papel de las Agrupaciones de base en el PSOE*.

La Agrupación Centro está en la madrileña calle de Ministriles, en el distrito que su nombre indica. El local es tan amplio como sombrío, y en él se pretende hacer obra para *alegrarlo un poco* y convertirlo en una agrupación piloto, o algo así. A la izquierda, al entrar, está el bar, con un añejo botijo de barro blanco y, junto a él, un auténtico altar donde resalta el busto de Iglesias. Tras el óleo se adivina una *paleta* cargada de rojo-titanlux y un exquisito cuidado para que el parecido con el original fuese perfecto. En torno al *abuelo* se encuentran ovaladas fotografías de un Largo Caballero de penetrantes ojos claros, Prieto sin boina y gordinflón y, posiblemente, Fernando de los Ríos, con cuidada barbita. En la *habitación del comité* hay otro cuadro de don Pablo regalo, sin duda, de otro militante (o del mismo), donde los rojos siguen abundando. En el *salón de actos* se van colocando, a partir de las siete, los bancos corridos que se compraron a una iglesia o a un viejo cine. Se prepara la mesa que, evidentemente no es redonda, colocando unos carteles antiguos y, sobre ellos, debajo del cristal, una gran fotografía de un joven Marx, con barba recortada y melenuado atuendo. El secretario general de Centro, que dirige las operaciones de decoración, es de la generación gastronómica a la que antes hacía referencia, algo más de doscientos militantes cotizan aquí.

(Sostengo, sin ninguna prueba por supuesto, que el término *militante* arranca

de las órdenes militares y así debe de ser pues tiene la impronta, a la vez, de lo bélico y lo religioso. La primera persona del singular, presente de indicativo del verbo «militar» —*yo milito*— tiene, a no dudar, resonancias de Calatrava.)

Cuando el tercer toro sale en Las Ventas, y con media hora de retraso, se inicia la mesa redonda con unos treinta y cinco asistentes, cuya edad media no está por debajo de los agua-tomates de Archena. La persona que representa a la dirección nacional del Partido hace, en diez minutos, una exposición con convencimiento donde se llama a la gramsciana *inserción en el tejido social* y dice una verdad que quiere negarse en estos días: «Los partidos políticos, pese a todos los defectos que puedan aquejarles, son esenciales para la vida democrática.»

Quien toma la palabra luego pasa por ser muy *crítico*, otrora, al parecer, no lo era tanto y se esperan de él palabras fuertes. En cuanto al gesto y la firmeza oratoria, el hombre no defrauda al auditorio, el contenido es más bien parco. Se trata en definitiva de cambiar, a lo que parece, el sistema de representación, la ley electoral, dentro del PSOE.

El auditorio se queda sin saber mucho sobre el qué hacer y el cómo. Tras él, y con el quinto toro, va el que suscribe. Intento arrancarme de atrás: para qué, se supone, sirven los partidos, qué es eso de la vanguardia de *la clase*, en definitiva, qué hacen los *militantes* cuando las urnas no funcionan. ¿Prepararse para ocupar los puestos que aún no tienen? ¿Reunirse en las agrupaciones a criticar a la direc-

ción? ¿Desanimarse acaso? Temo haber puesto demasiada convicción en lo que he dicho, es posible incluso que haya convencido a alguien, sin que ese alguien me haya entendido del todo.

Hay una segunda rueda de *contestaciones*: nos enredamos en una discusión sin fin sobre los vicios del corporativismo y los peligros del federalismo excesivo en el interior del partido. En un alarde de temperamento me declaro jacobino y marxista (¡qué antiguo!, me hubiera dicho algún pasota, allí no parece haber de eso pues nadie dice nada, ni siquiera una sonrisa cómplice).

Alguien me echa en cara no haber nacido con una medalla de Pablo Iglesias entre las manos, o poco menos. Me enfado. No consigo entender el por qué haber aguantado las cosas a don Rodolfo Llopis durante tantos años es mérito especial. Siempre que me hablan de ésas y de otras esencias me acuerdo de Antonio Amat bajando a todos los santos del cielo en una tasca del casco viejo de Vitoria. No podía entender yo entonces, y ya tenía veinticuatro años, cómo persona tan tranquila, y sobre todo tan roja, podía excitarse tanto contra unos exiliados que, según él, *jodían terriblemente la marrana*.

Luego llega el coloquio *para hacer preguntas*. Como de costumbre, la gente aprovecha la ocasión para decir lo que piensa y no para preguntar como en la escuela. Sigue un tercer turno de *oradores*.

Dos horas después de acabar la corrida, y cerca ya de las once, cantamos, los pocos que allí quedamos, la internacional. Este himno, que puede cantarse, como es

sabido, en todos los idiomas, de representar la rebelión civil durante el túnel del franquismo, ha pasado a parecer un rito, casi una plegaria, algo descafeinado. El canto, evidentemente, no ha variado y sí las circunstancias, y con ellas los que en ellas estamos.

Durante la cena que sigue tengo la vaga sensación y el malestar del compadreo. Cuando quiero plegar ya son las dos, mientras me quito los zapatos y tras ellos camisa y pantalones, siento la aspereza extraña de quien no sabe ni donde está ni para qué, y, además, ha de levantarse temprano.

En mayo de 1962, la generación gastronómica andaba entre los veinte y los veinticinco, las huelgas de aquella primavera les hicieron pensar que el régimen daba las boqueadas. Más de trece años después, con los hijos crecidos ven morir a Franco como había vivido, lentamente, en una falsa calma. Menos de dos años más tarde había elecciones. De esa generación de antiguos *progres*, unos corrieron a ocupar sus cargos en los partidos *serios*; otros apostaron su *vocación política* en grupúsculos tan inoperantes como izquierdistas y otros, por fin, se encadilaron con el desencanto.

La actitud civil de resistencia se confundió con *la política* por muchos años entre nosotros, los hechos han venido a demostrar con excesiva rudeza, es verdad,

que la política es también otra cosa y muchos han corrido a su sitio de siempre, y ya no estaba. De ahí la gastronomía, el refugio en la individualidad, el guiño de tertulia. ¿Y los que quedan *en la política*? Se puede asegurar sin demasiado riesgo que sólo los muy ciegos no piensan a diario en dejarlo, con toda probabilidad la mayoría se ha sentido más de una y más de dos veces a sí mismos como oportunistas o ambiciosos.

Tiene la sensación, quien esto escribe, que esta *generación* habrá de cohonestar la rebelión civil con la cotidiana batalla en el interior de los partidos y, para muchos, tal cosa va a resultar difícil.

Pese a la amenaza golpista en que el Estado democrático se halla, las luchas internas en los partidos tienen la indeseable fuerza de los fenómenos llamados naturales y a veces la inexorable invita al abandono o a la huida. Sin embargo, éstos son los problemas que hoy tienen los partidos de izquierda: *ubicar* a su gente, resistir ambiciones, matar la corrupción que del poder emana, incluido su propio poder. Todo ello en un momento histórico nada brillante, y no sólo por el asalto que se prepara contra la democracia desde las covachas oscuras de siempre, sino, sobre todo, porque la izquierda no se sabe el papel, o porque no hay papel en la obra o se está escri-

biendo de nuevo o es excesivamente corto.

La tentación del balneario es grande, porque además

«El masaje en el agua clorurado-sulfurosa únicamente se practica en Archena.

Los pocos manantiales que existen en el mundo con la clasificación de estas aguas, las utilizan con prudencia por ser poco abundantes. El masaje bajo el agua clorurado-sulfurosa mejora los miembros atrofiados y paralíticos, motiva la circulación de la sangre, da agilidad y vigor a los músculos y disuelve las grasas superfluas del cuerpo.»

Perspectiva tentadora para el recién y voluntariamente (?) ingresado en la vejez primera, a pesar de lo cual alguien habrá de echarse un trozo de valor al hombro para pedalear sobre la bicicleta, instrumento muy simple cuya necesidad es no pararse y cuya gran virtud es conducirnos. En el sesenta y dos parecía que nos tocaba merendarnos el mundo, en el 68 estaba claro como el agua de mayo... en el 81 parece que nos toca resistir a quienes intentan la estabulación colectiva.

Cuando dentro de veinte años entremos de verdad en el recodo final, a lo mejor ha habido más suerte que hasta ahora. En todo caso, será el momento de recordar en serio que

«La estufa-vaporario de agua cloruro-yodo-sulfurosa de Archena produce sensaciones muy gratas.»

Siempre es algo.